

Así Nació la Renovación Carismática

Por: Patti Gallagher Mansfield

Nací en New Jersey, dentro de una familia muy católica y siempre tuve deseos de conocer más a Dios. Busqué una Universidad donde pudiera profundizar mis conocimientos de fe católica y, finalmente, escogí la de Duquesne, que se llama "Universidad del Espíritu Santo" y tiene como emblema: "¡Es el Espíritu el que da la vida!"

RETIRO DE FIN DE SEMANA

Seguí allí dos cursos de Teología durante los dos primeros años. Poco a poco fui viviendo lo que en realidad había buscado, pero me di cuenta de que yo tenía más sed, de que, más que una aproximación intelectual a mi fe, más que un conocimiento de Dios por sí mismo, yo quería conocerle de una manera profunda y personal.

Al año siguiente se organizó un retiro en la Universidad. El tema sería: "La persona y la acción del Espíritu Santo".

¡SÉ VIVO PARA MÍ!

Días más tarde, unos 25 ó 30, nos fuimos al retiro. La primera noche, comenzamos a meditar sobre el misterio de María. Uno de nuestros profesores de Teología dirigía la meditación y mientras nos hablaba de María, yo lo veía transformado. Parecía tranquilo, feliz... Se diría que está habitado por el Espíritu Santo -pensaba yo- y lo que no sabía es que este profesor, su mujer y otros dos profesores de Duquesne, habían recibido la efusión del Espíritu. Semanas antes de nuestro retiro, habían asistido a un grupo ecuménico de oración, en Pittsburg y -aunque no sabíamos nada-, en la paz y alegría que les notábamos podía verse el fruto de esa efusión. Después de la meditación sobre María, nos reunimos todos para una celebración penitencial. San Juan dice que "cuando el Espíritu viene a nosotros, nos revela nuestro pecado". Nosotros, que nos teníamos por gente buena, sentimos una inmensa necesidad de arrepentirnos. Había entre todos rencores, divisiones y juicios crí-

cos, Y el Espíritu Santo nos "convenció" de nuestro pecado. También yo experimenté una necesidad real de arrepentimiento.

El día siguiente estuvo dedicado a comentar los Hechos de los Apóstoles. Dio la enseñanza una mujer que nuestros profesores habían conocido en un grupo de oración. Se nos dijo que no era católica, y esto me hizo desconfiar un poco. Mientras hablaba, se sentía el Espíritu presente. ¡Era todo sencillo! Nos dijo que era posible un encuentro personal con Jesús y habló del poder del Espíritu Santo, del que nosotros mismos podíamos tener experiencia en nuestras vidas. Al acabar la enseñanza, escribí: "Jesús, si quieres, vive Tú en mí como estás vivo en ella."



Casa de Retiro "El Arca y la Paloma". Duquesne.

EL ESPIRITU SE MANIFIESTA

Después me acerqué al tablón de anuncios y pegué un papel en el que había escrito: "¡Quiero un milagro!"

El sábado por la noche, organizamos una fiesta de aniversario en honor de dos o tres de nosotros, pero el ambiente estaba

frío. Los busqué por todas las habitaciones de la casa. Fui a que se reunieran con nosotros. Y cuando entré y me encontré en presencia de Jesús, ante el Santo Sacramento, me arrodillé y tuve como un sentimiento de temor. Siempre había creído que Jesús estaba realmente presente en el Santísimo Sacramento, pero nunca había sentido su presencia gloriosa. Me puse a temblar con todo mi cuerpo, como sobrecogida por su presencia. Tuve miedo y me dije a mí misma: "Sal de aquí: Puede ocurrirte algo si te quedas aquí en presencia de Dios." Pero el deseo de quedarme era más grande que mi miedo.

"ALGO ESTÁ OCURRIENDO"

Me quedé arrodillada delante del Señor. Y, por primera vez en mi vida, pronuncié una oración de total abandono: "Padre, te doy mi vida. Todo lo

que Tú quieras de mí, lo acepto. ¡Incluso si es un sufrimiento! Enséñame sólo a seguir a tu Hijo y amarlo como Él ama."

Estaba de rodillas. Un instante después, me encontré tendida a todo lo largo delante del Tabernáculo. Comprendí entonces que el sitio donde estaba era un lugar santo, y me sentí invadida por un sentimiento fuerte de la misericordia y del amor de Dios: de la locura de este amor. Dios es un Dios de amor; su naturaleza es sólo amar. Somos su pueblo, le pertenecemos. Y el amor de Dios se extiende sobre nosotros, sin tener en cuenta lo que somos o lo que hemos hecho.

Estas palabras de san Agustín expresan maravillosamente lo que yo sentía en ese momento: "Nos creaste, Señor, para Ti, y está inquieto nuestro corazón hasta que no descanse en Ti." Sentía que la experiencia del amor, de la misericordia, de la ternura, de la compasión de Dios, tal como yo lo había experimentado, todo el mundo podía tenerla, sí, todo el mundo y aunque hubiera preferido quedarme allí, bañada por la presencia del Señor, me pareció que debía hablar con los demás. Me levanté y dije a los dos estudiantes que estaban en la capilla: "¡Estoy rezando para que les ocurra a ustedes lo mismo!"

"¡TIENES UN ASPECTO DISTINTO!"

Fui a buscar al capellán y le conté lo que acababa de ocurrir. Me dijo entonces que el compañero, que quería renovar su Confirmación, había estado en la capilla, una hora antes que yo, y había tenido la misma experiencia. También había sido "derribado" por la venida sobre él del Espíritu Santo.

Cuando salía, algunos estudiantes vinieron a mi encuentro: "Pero, ¿qué te ha ocurrido? ¿tienes un aire distinto!" san Pablo dice, en la segunda epístola a los Corintios, que nuestros rostros desvelados reflejarán la gloria de Dios y que nos vamos transformando, avanzando, de claridad en claridad. Yo no me di cuenta de que había cambiado, pero, al parecer, todos habían visto en mi rostro un reflejo de lo que Dios había hecho en mi corazón. Les expliqué que acababa de vivir todo aquello de lo que habíamos estado hablando durante el fin de semana. Y yo, que siempre tengo vergüenza ante la idea de hablar de Jesús, sentí de repente una audacia loca. Los cogí de la mano y les dije: "Venid conmigo a la capilla "Nos pusimos de rodillas y comenzamos a orar: ésta fue la primera oración,

para recibir la Efusión del Espíritu, hecha por católicos. Le dije al Señor: "Señor, esto que acabas de hacer conmigo, ¡hazlo también con ellos!"

LA EFUSIÓN DEL ESPÍRITU

Aunque nadie había abandonado la reunión que se celebraba abajo, en menos de media hora, todos los estudiantes estaban en la capilla. Dios hacía a lo grande su obra: ocurrieron multitud de cosas.

Algunos habían sentido tan fuertemente el amor de Dios que no pudieron por menos de llorar. Otros, como yo, sintieron un calor muy fuerte en las manos, y un fuego que subía por los brazos. Otros, como pinchazos en la garganta y sobre la lengua.

DIOS ACTÚA CON PODER

Al regresar a Duquesne estábamos, exactamente, en el estado de espíritu que describe el salmo 126:

"Cuando Yáhveh hizo volver a los cautivos de Sión, como soñando nos quedamos; entonces se llenó de risa nuestra boca y nuestros labios de gritos de alegría. Entonces se decía entre las naciones: ¡Grandes cosas ha hecho el Señor con éstos!"

¡Si, grandes cosas hizo con nosotros el Señor, el gozo nos colmaba!"

Uno de mis camaradas me dijo: "Pero, ¿qué te ha ocurrido, Patti?, ¿si no te conociera pensaría que estabas borracha!" Esto me llenó de alegría porque fue precisamente lo que dijeron de los Apóstoles después de Pentecostés.

Sólo Dios sabe cuántas personas han recibido este don fantástico de la fuerza del Espíritu Santo. Es sólo obra de Dios. Y si la Renovación Carismática ha brotado con tanta fuerza en toda la Iglesia católica, es porque Dios ha decidido actuar con poder.

MARÍA, EN EL CORAZÓN DEL MISTERIO

Con frecuencia me preguntan qué se experimenta después de haber vivido los comienzos y ver todo lo que ha ocurrido después. Mi respuesta es que me siento muy próxima a María, dentro del misterio de su respuesta a Dios: un "sí", ¡que puede cambiarlo todo! María dijo sí cuando el Espíritu Santo la cubrió con su sombra y ¡nació Jesús!

María está con nosotros. Estaba en la habitación de arriba en Pentecostés. Estaba con nosotros en Duquesne y sigue uniendo sus oraciones a las nuestras.

(Adaptado de Nuevo Pentecostés, n.86).

